

Capítulo 4

Vida humana y el lugar que ocupamos: Sobre su pregunta rectora

Nicolás A. Salinas Carrascal (a)

- a) Psicólogo, Universidad Metropolitana (Barranquilla, Colombia); Especialista en Psicología Forense, Universidad del Norte (Barranquilla, Colombia), Investigador adscrito al Grupo de investigación PSICUS (Psicología, Cultura y Sociedad), Corporación Universitaria Reformada (Barranquilla, Colombia).

Sinopsis del capítulo

Lo social se encuentra representado por lo humano en tanto otro. En la indagación que da cuerpo a este trabajo y que perfectamente puede caracterizarse como de índole existencial, no se ha olvidado tan importante aspecto, Abbagnano (1942/1997) afirmó que la tarea reflexiva que el hombre

Conceptos clave: vida humana, existencia, ética

Correspondencia:

Carrera 27 No. 58-28 Barranquilla, Colombia
E-mail: nsalinas@unireformada.edu.co

Cómo citar este capítulo: Salinas, N. (2013). Vida humana y el lugar que ocupamos: Sobre su pregunta rectora. En: J. H. Ávila-Toscano. Individuo, comunidad y salud mental. Avances en estudios sociales y aplicados a la salud. (pp. 90-102). Barranquilla, Colombia: Ediciones CUR.

emprende sobre sí mismo es intransferible al no poder nadie hacerla por él, no significando esto que fuese una labor realizada en solitario, al contrario, esta tarea solo obtiene su fundamento en el trabajo con los demás, en comprensión y solidaridad. Patočka (1969/2004) hizo hincapié en la problematicidad que la existencia afrontada ofrecía, pero también en la importancia de la comprensión de los unos a los otros la cual estimaba esencial.

Este trabajo toma como su objeto la pregunta que el ser humano como viviente puede hacerse sobre el lugar que ostenta u ocupa, no se le concede a ésta noción un valor exclusivamente simbólico o representativo: El lugar traduce el quehacer que tiene como propósito poner la propia vida en claro.

En primera instancia abordamos la posibilidad de preguntarnos por el lugar ¿Qué hay en la vida humana que así lo permite? Nos aproximamos así a la relación que guarda el viviente con su vida siendo su más inmediata expresión la repetición cotidiana con respecto a la cual es posible distanciarse concretándose así la *inquietud*.

En segundo lugar, y continuando con la cuestión precedente, nos encaminamos por el matiz íntimo que reviste la pregunta, siendo necesario acudir a los conceptos de *circunstancia* y *horizonte vital*, teniendo en cuenta que lo íntimo no es algo privado sino que se ratifica en la misma relación con el mundo, de ahí que sea necesario el examen de dos conceptos que estimamos cruciales para lo planteado, estos son: *vivificar* y *vivenciar*, los cuales aluden a facetas del vivir propiamente dicho.

La tercera y última sección versa sobre lo que podría llamarse lo inexcusable personal de la vida humana, refiriéndose a la individualidad y al carácter irrepetible de la misma pero simultáneamente al origen que ésta entraña, un comenzar que sume al viviente en la perplejidad al saberse por entero inédito, esto nos enseña que la pregunta por el lugar es la más activa toma de conciencia que sobre tan singular condición puede pesar.

Introducción

Cuando nos preguntamos por el lugar que ocupamos ya sea en el mundo, en la vida o en *nuestra* vida, es natural suponer que se está haciendo uso de un símbolo, a saber, el lugar, para poder pensar de manera más clara algo atinente a las preocupaciones que llevamos, viéndose estas traducidas en preguntas que giran en torno a nuestra

relación con los demás, el qué tan satisfechos o felices estamos, o si nos vemos actuando acorde a nuestras más arraigadas convicciones, por no mencionar otras posibilidades.

Ésta manera de ver las cosas goza de buena salud y de un asiento firme en la cotidianidad, lo que se aprecia en éste proceder es que el lugar que se ocupa es contemplado como una representación o, dicho de forma más exacta, una *puntualización en la actualidad* de aquel que se pregunta, muestra de algo que embarga, que es emergente a la vez que urgente al adoptar la postura del que se apersona por su existencia, eso que, valiéndonos de una expresión de Agustín González (2000), es sin excusa. Visto así, el interrogante esencial es posibilitado por la inquietud fundada en la laboriosidad que caracteriza el estar junto a lo más próximo por resolver.

Sin embargo, dicha postura disimula una posibilidad: La de poder pensar la pregunta por el lugar, debemos afanarnos para hacer las aclaraciones correspondientes, reconociendo que el tópico en cuestión ha gozado de una sólida reflexión, se hace imperativo delimitar que se pretende partir de la vida que se vive y por la cual se es vivido, emprender éste pensar requiere dirigir la atención a la particularidad que cobra la vida en el viviente concreto, como veremos, tal aspecto es ineludible para una aproximación sobre la pregunta que nos interesa.

I

¿Cómo pensar la pregunta que versa sobre el lugar que ocupamos? Apreciemos lo específico de ella: somos nosotros quienes la hacemos, en ese preguntar hacemos del mundo y de nuestra vida los interlocutores, oidores que nos han precedido, no nos es impuesta, la reconocemos como nuestra, no como ajena, asumir esa pregunta es tomarse en serio, es para nuestra vida, venida de ella, haciendo del mundo su medio.

¿Por qué es posible hacer (nos) una pregunta así? Dirigimos un cuestionamiento hacia la vida, queremos saber cuál es nuestro puesto en el concurso de la totalidad, para ello lo único que nos queda es nuestro vivir, éste vendría a ser voz y palabra, cuerpo del interrogante en el que nos ponemos en juego por completo, sin poder poner a salvo parte alguna, nos vemos problematizados, advertimos que la cotidianidad con la cual estábamos inextricablemente unidos se torna extraña, afectada como si un *espacio* se proyectará entre nuestras labores y nosotros, mos-

trando así *algo más*, cuya definición comenzamos a atisbar cuando se verifica un cambio en nuestro talante, de la otrora absorción en la que nos encontrábamos pasamos al distanciamiento, la pausa y la espera.

Esto conmueve y produce una necesidad, no se asemeja al deseo, cuyo elemento movilizador, lo efectivamente dinamizador lo vemos con residente en nosotros; esta necesidad se constituye por una penetración en la interioridad de cada quien, algo que es *inquietud*, en la medida en que no puede anticiparse, si fuera algo producido por el deseo ya no hablaríamos de lo mismo, estaríamos en el terreno del esfuerzo y del empuje en los cuales sentimos que *nos* llevamos, que cumplimos lo que dijeron los latinos, *Vitam ducere*, todo el movimiento que en nuestra vida se está corroborando por el porte atento; la *inquietud*, al contrario, se desprende de algo inesperado, a primera vista inarticulado, como no puede hallársele un antecedente difícilmente le encontraremos de forma inmediata algún tipo de proyección en el futuro, siendo así una de las experiencias que más nos afianza en el presente, al tiempo que es sumamente discreta: de forma silenciosa y sutil se ha instalado.

Un cuestionamiento de este tipo está precedido por una insatisfacción, por la conciencia de una transición cuyos pormenores no se han podido seguir tan detenidamente como se quisiera. Ocasionamos y efectuamos transiciones que pueden ser vistas como *originaciones*, gestualidades volitivas que no pueden ser pensadas fuera del viviente específico al ser el que imprime sentido anulando la indiferencia que le convoca, volviéndose él efectivamente un comienzo, por otro lado al sentirnos inquietos somos partícipes de algo ya iniciado, no sabemos de qué va esa modificación vital que está comprobándose, solo es posible afirmar que es la cotidianidad lo tratado en ella, no sabemos de dónde ha venido pero puede enseñarnos sobre cómo hemos llevado la vida, Kundera, citado por Pakman (2010), al hablarnos de lo bello cotidiano y Alvira (2008) ayudarán a preparar una aclaración:

Lo cotidiano. (...) también es belleza; por ejemplo, el sortilegio de las atmósferas; cada cual lo conoce a partir de su propia vida: una música que proviene del departamento de al lado y se oye a lo lejos; el viento que hace vibrar la ventana; la voz monótona de un profesor al que una alumna con mal de amores oye sin escuchar; estas circunstancias fútiles imprimen una impronta de inimitable singularidad a un acontecimiento íntimo (...) (Pakman, 2010, p. 345).

La conciencia de que los procesos vitales (...) se repiten y vuelven está firmemente anclada en nuestra vida. Vivimos en la repetición, habitamos en ella. Es la cotidianidad. Volvemos una y otra vez a la misma casa: repetimos las mismas acciones en la costumbre, en los hábitos (habitación y hábito). La cotidianidad es la síntesis de casa y hábito (Alvira, 2008, p. 151).

Más que demostrar lo que se pretende con estos pasajes es mostrar, el sortilegio de las atmosferas refiere a esa hibridación de lo usual con lo problemático, de lo insignificante sirviendo de contorno a lo que es importante y por lo cual nos preocupamos, todo esto poniendo en entredicho lo cerca y lo lejos que se está con respecto a lo vivido, lo diario, lo que se repite se contempla como distante e irrelevante en virtud de eso central que nos atañe y que le proporciona fundamento a nuestra experiencia de estar inquietos por lo que vivimos. Lo cotidiano deviene trasfondo revelándose así la inanidad, el *espacio* previamente mencionado. Desde su interior la repetición es ejecución previamente fijada, susceptible de irse modificando pero siendo sustancialmente la misma, es autosuficiente en su sentido e incluso en su temporalidad, ella es su propio tiempo, es un todo; al ocasionarse la ruptura que inicia la inanidad ese todo muestra la figura de una rutina, dos actitudes ante esta revelación son posibles: o se articula esa rutina dentro de un sentido venido de fuera (una causa o un ideal) o se le contempla como monotonía, la apreciación de lo rutinario más que un desentendimiento es un desasimiento, la cotidianidad no es solamente la serie de repeticiones y hábitos, es la conciencia de estos elementos, conciencia que los ubica con respecto a un qué, el cual va más allá de lo puntual urgente (p. e.: el mal de amores tenido por la alumna que nos refiere Kundera en su texto) este qué puede comprenderse como experiencia de la *insuficiencia* en la que se verifica un *abandono*, se ha dejado atrás el ensimismamiento que operaba mediante la rutina, enseñando así el tipo de vida que se llevaba.

Patočka (1969/2004) hace mención de *planos* por los cuales la vida discurre, caracterizados por el perderse, el buscarse y el encontrarse, en ellos lo esencial es la desorientación emanada de la contraposición de diversos sentidos que lleva a experimentar cómo la vida va de diversas formas resultando éstas desconocidas para el viviente, puesto que le salen al paso bajo la forma de una versión vital anteriormente ejercitada a la cual ya no puede volver, destacándose a su vez nuevas alternativas aun inconcretas por las que cabe preguntarse.

II

La pregunta que hacemos por nuestro lugar es de carácter eminentemente personal: Solo *alguien* puede hacerla desde aquello que halla como *sí-mismo*, este es un interrogante íntimo pero al usar este término no queremos dar a entender que se formule desde lo más recóndito de nosotros como consecuencia de un ejercicio reflexivo marginal realizado solo en virtud de su posibilidad, o de una elaboración exclusivamente privada; es íntimo dado que recibe su sustento de la trabazón entre el sujeto y la circunstancia de tal manera que damos cuenta de lo que proviene del mundo, eso que nos está siendo dado. Circunstancia —*circum-stantia*— referiría Marías (1947/1979) como aquello que:

Está en torno a mí [...] todo aquello que encuentro en mi horizonte vital, lo otro que yo. [...] Está definida por un centro que soy yo.

Lejos de ser la circunstancia una “cosa en sí” o una suma de cosas, está definida rigurosamente por una perspectiva: la que determina mi posición en ella. Los dos conceptos, yo y circunstancia, son, por tanto, inseparables y correlativos; solo tienen sentido en función recíproca el uno del otro, y esa misma función es la que los constituye en un ser respectivo. Es decir toda circunstancia es “mía”, “tuya”, etc., y a la inversa, yo no tengo realidad más que en una circunstancia (Marías, 1947/1979, p. 185).

Lo íntimo que sostiene la pregunta está constituido por cómo la circunstancia da forma al *horizonte vital* haciéndolo pleno ¿Qué quiere decir esto? Al hablar de este horizonte señalamos la doble faz que integra el vivir mismo, dualidad de aspectos que nos permitiremos caracterizar bajo los términos de *vivificar* y *vivenciar*.

II. a

En primer lugar un acercamiento de tipo definicional nos mostrará que vivificar es “dar vida” (DRAE, 2001), es decir, proveerla, otorgarla, en otras palabras, vigorizar. Cuando optamos por el empleo de este concepto en el propósito de comprender lo que es el *horizonte vital* buscamos mostrar una parte de lo que hacemos al vivir, sin embargo hasta el momento lo que tenemos equivale a decir: “Vivir es dar vida”

semejante afirmación puede parecer banal e incluso sobreentendida, aun así es posible superar esta impresión.

En un sentido elemental vivir es hacer pero luego descubriremos que es un hacer fundamental y *fundamentante*, García Morente (1934/1992) señaló que: "... *la vida la hacemos en las cosas y con las cosas. Vivir es ballarnos entre cosas que nos circundan, encontrarnos en una circunstancia, es estar aquí, ir allá, quitar, poner, sembrar, cosechar, hablar con otros hombres, amar, odiar, huir*" (p. 169). Lo crucial en este pasaje no es la variedad de actividades que muestran a la vida como un panorama de posibilidades prácticas, sino precisamente lo implicado en estas actividades: la participación de las cosas como integrantes componentes del mundo y de las circunstancias.

Esta hacer-con nos remite a un plano exclusivamente relacional pero ¿Qué es lo dado en esa relación con las cosas? El hacer algo de ellas, el que se superen a sí mismas dejando de ser *nada-más-que* eso: cosas que se encuentran a nuestra disposición. Al tratar con éstas posibilitamos que puedan ir más allá de sí mismas, que puedan transformarse, alterarse, trocarse, siendo lo más importante el que puedan llegar a "decir algo" en otras palabras, ser. Aclaremos, Ortega (1966/2004) diría que la existencia es "*ejercitar la esencia, ser lo que efectivamente se es, serse*" (p. 196). Decimos entonces que vivir es en primera instancia un hacer fundamentante porque todo contacto realizado en lo vital tiene como resultado la trascendencia de las cosas, ellas no pueden ser, al no poder referirse ellas mismas a través del mundo quedan saturadas, anquilosadas en su materialidad, lo que vendría a efectuar el quehacer vivificador sería dotarlas de lo que estas no pueden darse: Ser su mejor manifestación. En las actividades mencionadas por García Morente (1934/1992) encontraremos mejor ejemplificación: al sembrar y cosechar la tierra deja de ser mero asiento para nuestros pies y se vuelve proveedora de alimento tras quedar concretada su fertilidad; en el estar aquí y luego ir allá se hace de los puntos en el espacio físico, indiferentes de por sí, una unión, un camino, la vía transitada por alguien; en el poner y quitar cambiamos la configuración de los espacios dándoles distintos contenidos, vistas y presentaciones, es decir, vamos en busca de su mejor posibilidad.

Desde otro discurso Marina (1997) ofrece una metáfora elegantemente complementaria:

¡Navegar! ¡Qué gran metáfora del vivir! (...) Ese barco que cabecea en el resol es una creación de la inteligencia humana para aprovechar a su favor las fuerzas que están en su contra, y apoderarse así del mar. Un buen timonel sabe navegar contra el viento sirviéndose del empujón del viento al que ha confundido previamente entre las velas. El viento extraviado sale por donde puede, que es por donde el navegante quiere (Marina, 1997, p. 7).

Vivificar puede ser visto como equivalente a vivir-a, vivir-por, vivir-con entre otras variedades que suelen estar contenidas en la expresión “He vivido (con) esto”, “He vivido aquello” o en afirmaciones como “Yo lo viví”, sin embargo no sería adecuado porque estas declaraciones solo dejan ver a la actividad vital como una participación y por ende una presencia, con las aclaraciones previamente hechas se ha intentado ahondar en lo efectuado en esa participación: Al nosotros vivificar algo, lo emancipamos de su indiferencia, el navegante de la metáfora de Marina se encuentra con un mar que es ignorante de sí, que solo *está*; en el diálogo que ambos comienzan a tener las aguas pasan a ser calmadas, apacibles o encrespadas y violentas, en el navegar el mar ya *está siendo*, se vive, en las olas, las sacudidas el estremecimiento ante el peligro que se corre da cuenta de un mar que ya no es solo el de las historias o anécdotas se hace consciente de un mar ya *le es*, que le refiere que le dice, lo vivificado se abre a través del viviente, devela un modo de ser, no es solo manipular y tratar con lo que puebla el mundo es también penetrar en su sentido. La afirmación “Vivir es dar vida” adquiere una nueva significación.

II. b

Vivir y ser vivido, ésta sería la mejor forma de enunciar lo que hace al horizonte vital, no es cuestión de actividad y pasividad, es apertura y entrega como movimientos tratados en dicho horizonte, mientras que al vivificar le corresponde el primero de estos movimientos, en el vivenciar encontraremos el entregarse o hacer entrega.

Usualmente se aborda el vivenciar como experimentar, experimentar o tener experiencias, es decir como un pasar por lo acontecido atravesándolo, sintiéndolo y percibiéndolo con toda la presencia, en ese orden de ideas podemos ver el vivenciar como el quedar envuelto por la experiencia fundada en lo acaecido.

Es posible subrayar algo aún más esencial sobre este proceso: El vivenciar se inaugura en la apertura; en el sentido hecho evidente el viviente se compromete, compenetra y radica, se encuentra plenamente inserto en la totalidad particular de lo vivido *viviéndose*, se manifiesta como dispuesta toda la actividad del que vive a la que vez que hay expectancia debido que él se encuentra sujeto al despliegue del acontecimiento, esto no significa únicamente pasividad sino que indica la forzosidad del estar dirigido hacia algo en específico; lo que fue puesto en marcha gracias a la apertura ahora se exhibe de forma tal que posee una independencia compartida, independencia en su *darse*, aunque éste sea referido al viviente e iniciado por él, lo comenzado a vivirse no queda absolutamente reducido al mismo: se hace posible el diálogo, la co-pertenencia.

Para comprender mejor lo que es el vivenciar recurrimos al concepto de *entrega*, antes de ahondar en lo que se quiere decir con este uso, debe precisarse que el contenido de una vivencia es algo en tanto otro, es decir, lo sustancialmente diferente, sobre el particular no cabe hablar en términos de externo e interno, Mariás (1947/1979) hizo notar —colocando como ejemplo al cuerpo y a ciertos procesos psíquicos— que ésta distinción no era valedera, el cuerpo puede enfermar, decaer, envejecer y por lo tanto fallarnos, la memoria puede abandonarnos cuando más la necesitamos, la voluntad puede no ser tan férrea como queremos que sea en determinados dilemas, todos estos aspectos los vemos como internos porque ellos anteceden las vinculaciones que entablamos con el mundo, somos esos aspectos, no podríamos entendernos sin ellos, lo interesante y problemático es que, a pesar de esto, no somos perfectamente idénticos a tales aspectos, en la desmemoria, en la falta de fuerza o de determinación se marca una escisión que manifiesta una diferencia que no está solamente por fuera o por dentro: está en el sujeto que conjuga esos planos al poderse relacionar con aquello que le ofrece resistencia.

Al acariciar un objeto se propicia el apreciar su textura, su contorno y su acabado pero al mismo tiempo puede darse cuenta del tacto, de la mano, de una forma que no sería posible de no ser por el encuentro con lo acariciado; al tocarlo, el tacto se hace experiencialmente diferente, lo realizado es el tocar, la superficie sentida en su aspereza o suavidad es algo que emerge, se tiene el sentido táctil pero por sí solo no puede proporcionar el material de experiencia: En nuestro tacto

hay un contenido que no hemos determinado pero que, gracias a él, le otorga una variación que se experimenta.

La anterior digresión permite afianzarnos en lo siguiente: el dar lugar a una vivencia requiere del camino allanado por el viviente (vivificar), aquel que inicia un acontecimiento que *le es*, a la vez que lo sucedido, lo ocurrido, se hace en él. Tomemos este ejemplo:

(Sí me encomiendan) a hacer un soneto, no está en mi mano llegar a puerto; encontrare o no las consonantes, surgirán o no surgirán en mi las metáforas, se articularán o no las palabras; propiamente hablando, yo no hago el soneto, sino que este se hace en mí (...). ¿Qué es lo que está en mi mano, lo que depende de mí? Algo muy sencillo: ponerme a intentar componer el soneto. Es decir, yo puedo iniciar ciertas series de actividades (...) cuyo curso ulterior “se hace” hasta cierto punto “sin mí” (Marías 1947/ 1979, p. 197).

El comienzo de la composición del soneto es vivificación, el trato con la pluma y el papel vueltos pieza de ensayo y experimentación, testigos de un esfuerzo intelectual que a partir de ahora se erigirá en recordatorio de un empeño, ahora bien, el escritor debe afrontar la resistencia que dicha composición le ofrece: el no poder aclarar lo que quiere decir, el no sentirse satisfecho con los avances o el resultado final, el considerar que su trabajo no está a la altura y que no es de la mejor calidad, el no verse capaz de usar mejor el acervo lingüístico y las habilidades necesarias para ganar en elocuencia, etc.. Estas dificultades plantean algo ante lo cual él está *puesto*, algo que él debe presenciar y que no controla por completo, no puede crear el soneto de forma automática ni suprimir las demandas que la creación impone, el fragor de la escritura se desprende del empuje creativo pero también confronta saliendo al encuentro con el escritor: Es vivido por el soneto en curso, ahora cobra fuerza la noción de *entrega*, el viviente queda expuesto, trabado con aquello que vendría a ser un estrechamiento de su continuo vital, he ahí la forzosidad de la que se hablaba, el escritor puede abandonar la realización de su texto porque previamente se había hecho uno con su propósito, el navegante se hace a la mar y debe echar mano de su saber y habilidad para capear el temporal, la bravura del mar; lo importante no es ni la vastedad del pasado a costas ni la flexibilidad del futuro al que se va; es la urgencia del presente como aquello ante lo cual *nada más hay*, solo queda trabajar con el soneto o

dejarlo, solo queda ir contra la tormenta soportándola o dejarse devorar por ella, es la penetración de la mundanidad puntual impidiendo que la vida sea errática y gane, así, definición; toda indiferencia queda imposibilitada, lo que se está viviendo va de algo que no es accesorio sino que está siendo llevado, el contenido de una vivencia no es algo con lo que vivo, es en donde vivo.

III

Lo recorrido da cuenta de lo íntimo, visto como la articulación entre el horizonte vital y la circunstancia que da pie a la pregunta por el lugar ocupado. Debemos pasar ahora a otra característica de éste interrogante cuya esencial intimidad que le vertebra deja ver enseguida: su formulación siempre corresponde a un comienzo, una primera vez; aunque se convoque la historia en aras de obtener mayor claridad con la circunstancia, Rovaletti (2002) señalaría que la persona es “esencial pre-existencia”, noción que ésta autora aclara citando a Ortega: “*Ningún hombre estrena la humanidad, sino que continua lo humano que ya existía*” (p. 111). A pesar de eso en el viviente, semejante cuestionamiento no ha sido proferido antes de él, se toma, se trata con algo que no ha sido nunca antes preguntado y lo será por él, a partir de él.

Se ratifica entonces la condición personal de la reflexión por la ubicación que poseemos y somos, condición que imprime una rotunda novedad que conduce a la perplejidad, nada de lo ya creado y dispuesto será de tal valor que le exima del tener que-hacer, aunque exista un fondo histórico compartido con el resto de la humanidad ya sea remota, inmediata o futura, la vida de cada quien es un “existir indigente” (Herrera González & Malishev, 2010) bajo el signo de la insuficiencia, la cual es carencial al no poder repetirse.

Esta forma de ser de la vida llevaría a García Morente (1942/1992) a colocarle el calificativo de problemática:

Tan pronto (...) pensamos sobre nosotros mismos, nos damos cuenta de que nuestra vida es para nosotros un problema, de que nuestra vida es esencialmente problemática. (...) nosotros no solo vivimos como los demás seres, sino que, además, sabemos que vivimos. Y esta duplicidad que la conciencia proporciona a nuestra vida, esta duplicidad es la que hace de nuestra vida algo radicalmente problemático. (García Morente, 1942/1992, p. 235).

Para nuestro autor la problematicidad vital se traduce en tres exigencias de las cuales solo se destacará una para los fines de lo que se quiere desarrollar: La relativa a la personalidad.

Nuestra vida (...) es personal. La vida de los animales es una vida impersonal. La vida de los hombres es la vida de Un hombre determinado (...) de una persona (...) (Nosotros poseemos) vidas individuales (...) Lo que más amamos en nuestra vida es la personalidad, el sello de individualidad, de indivisibilidad, que tiene cada una de nuestras vidas. (García Morente, 1942/1992, p. 237).

La vida se nos plantea como única e intransferible (García Morente 1942/ 1934) por lo tanto su quehacer resolutorio no solo significa una manipulación de las cosas, es también formación y configuración del sujeto que no puede dejar de hacer y que debe arrostrar el no-saber que puede presentársele, el autor citado previamente y Ortega y Gasset (1966/2004) hablan de la *perplejidad* en la que nosotros podemos encontrarnos sumidos porque nuestra vida no está decidida de antemano y por lo tanto está en un constante decidirse, la *perplejidad* solo es posible en seres cuyas vidas sean únicas porque los saberes que necesitan para conducirlos parten de aproximaciones y descubrimientos de sus predecesores pero nunca de un saber exclusivamente diseñado para ellos, esa falta sustancial es la que hace pertinente que se pregunte por el lugar que tenemos.

Referencias

- Abbagnano, N. (1942/1997). *Introducción al existencialismo*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Alvira, R. (2008). Ética de la cotidianidad. *Thémata. Revista de Filosofía*, 40, 147-153.
- González, A. (2000). La existencia como problema. *Thémata. Revista de Filosofía*, 25, 255-259.
- Herrera González, J. & Malishev, M. (2010). José Ortega y Gasset: La metafísica existencial de la vida. *Eidos*, 12, 214-235.
- Marías, J. (1947/1979). *Introducción a la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marina, J. A. (1997). *Ética para náufragos*. Barcelona: Círculo de lectores.
- García Morente, M. (1934/1992). Una lección de metafísica. En: M. García Morente. *Estudios y ensayos*. (pp. 169 - 177). México: Porrúa.

- García Morente, M. (1942/1992). La problemática de la vida. En: M. García Morente. *Estudios y ensayos*. (pp. 235-246). México: Porrúa.
- Pakman, M. (2010). *Palabras que permanecen, palabras por venir: micropolítica y poética en psicoterapia*. Barcelona: Gedisa.
- Patočka, J. (1969/2004). ¿Qué es la existencia? En: J. Patočka. *El movimiento de la existencia humana*. (57-83). Madrid: Ediciones encuentro.
- Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la Real Academia Española*. Disponible en: <http://www.rae.es/drae/>
- Rovaletti, M. L. (2002). La enfermedad como formalidad de la vida: Del ensimismamiento a la alteración. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 1 (3), 109-123.
- Ortega y Gasset, J. (1966/2004). *Unas lecciones de metafísica*. México: Porrúa.